

BREVE HISTORIA DEL FASCISMO

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Fascismo
Autor: © Iñigo Bolinaga Irasuegui

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 9788497636513
Fecha de edición: Marzo 2008

A aita y ama

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: AQUEL ROJO DESPERTAR.

El hijo del herrero	11
Mussolini el socialista	15
Próxima estación: fascismo	19
Don Quijote desembarca en Fiume	27
La ecuación fascista	37
El pariente alemán	41

CAPÍTULO 2: EL FASCISMO TRIUNFANTE

Órdago a mayor	49
En Roma brilla el sol	59
El golpe	69
La vía legal	77
Los émulos	83

CAPÍTULO 3: EFICACIA GERMÁNICA	
El suicidio de la democracia	131
La gran purga	141
Arios y judíos	146
La expansión tolerada	154
CAPÍTULO 4: LA GUERRA	
La caja de Pandora	167
Como fichas de dominó	175
Expansión balcánica	187
El nuevo orden europeo	193
Holocausto	208
La parábola del cocodrilo	213
El último acto del fascismo italiano	220
Canción de otoño: la conquista de Europa	225
CAPÍTULO 5: EL FASCISMO LATENTE	
Proscripción	233
De la posguerra a los años de plomo	243
El fascismo toca a la puerta	254
CAPÍTULO 6: EL FASCISMO DISECCIONADO	
Herramientas de cirujano	271
La esencia	276
Los suplementos	288
Fascismo y no fascismo	296
BIBLIOGRAFÍA	301

1

Aquel rojo despertar

Soy fascista porque soy italiano

Luigi Pirandello

Premio Nobel de Literatura

EL HIJO DEL HERRERO

Aún era un niño, pero ya apuntaba maneras. Mussolini fue expulsado temporalmente del colegio por conducta turbulenta e irrespetuosa hacia sus profesores y compañeros; un hecho que, siendo hijo de quien era, a pocos podría sorprender. No en vano se dice que de casta le viene al galgo. Su padre, Alessandro Mussolini, era un descomedido herrero de la región de la Romagna conocido por su desparpajo, sus simpatías socialistas y su afición por las mujeres. La conducta social del vástago podía disgustarlo un poco, pero en el fondo se enorgullecía de aquel maleante infantil que, con sus fechorías, garantizaba que los Mussolini estaban hechos de una pasta diferente y de que,

al menos durante una generación más, seguirían siendo los gallos del corral.

Como no podía ser de otro modo, el inefable Alessandro escogió para su hijo los nombres de Benito Amílcar Andrea, en homenaje al líder mexicano Benito Juárez y los revolucionarios italianos Amílcar Cipriano y Andrea Costa. El joven Mussolini se educó en una familia de clase media dominada por el fuerte carácter paterno, de quien aprendió aquello de que es preferible pisar que ser pisado, una máxima que no dudó en poner en práctica desde que tuvo uso de razón. Aunque tomó el camino profesional de su madre estudiando la carrera de magisterio, la impronta paterna resultó definitiva a la hora de tallar la personalidad del joven Mussolini, que se revelaría jovial, irreverente, y un poquito desvergonzado. Del mismo modo, la glorificación de la bravura y el valor, adosados a un profundo darwinismo personal y social —*solamente los fuertes sobreviven*—, se convertiría en una constante heredada de su padre que le acompañaría hasta la muerte y que definiría, en buena medida, la lógica de pensamiento que desembocaría en el primer fascismo.

A pesar de su indisciplina, Benito Mussolini se reveló como un estudiante capaz, de manera que con diecinueve años y un título de magisterio en el bolsillo, comenzó a trabajar en un colegio de educación primaria hasta el año 1902, fecha en la que se trasladó a Suiza por motivos políticos. Militante del Partido Socialista desde 1900 y contrario al servicio militar obligatorio, el joven

maestro puso rumbo al norte con la esperanza de escurrirse del llamamiento a filas. Allí entró en contacto con un importante número de refugiados políticos de tendencia socialista, muchos de ellos miembros del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso de Lenin, que en 1903 se escindiría en las facciones bolchevique y menchevique y que Mussolini, desde su exilio suizo, iba a conocer de primera mano. Suiza supuso un fenomenal adiestramiento revolucionario, tanto desde el campo teórico a base de variopintas lecturas y apasionadas conversaciones políticas, como desde el práctico, ya que significó la primera puesta en escena de aquel prometedor jovenzuelo predicando la insurrección obrera y realizando labores de agitación política. Una febril actividad que le encaminó hacia sus primeras prisiones.

Aprovechando la amnistía decretada en 1904, Benito Mussolini regresó a Italia cargado de experiencia y doctrina revolucionaria, un bagaje, que combinado con su exaltada oratoria y sus aspiraciones políticas, lo llevó a involucrarse con mucho éxito en las actividades del Partido Socialista; tanto, que comienza a destacar como uno de los militantes más conocidos de la Romagna. Mientras tanto, cumple con los dos años de servicio militar y vuelve a ejercer como maestro, una actividad que le reportará menos satisfacciones que el activismo político y que, finalmente, abandonaría por el periodismo. En 1908 trabaja en una publicación izquierdista de Trento, ciudad austrohúngara de lengua y

cultura italianas, que el nacionalismo transpirenaico reivindicaba, junto a otros territorios, como parte irredenta de la nación italiana. El hijo de Alessandro no tardó en ser expulsado de Austria-Hungría por sus actividades marcadamente revolucionarias y sus inflamados artículos en favor de la incorporación del Trentino.

El Mussolini de esta época aún se considera un socialista ortodoxo, pero ya por entonces comienza a destacarse en su pensamiento una dicotomía nacional y social que lo arrastrará a posturas muy cercanas a las propugnadas por el sindicalismo revolucionario; se define internacionalista, pero sueña con una Italia grande y solidaria. Proclama con vehemencia su oposición a la guerra de Libia (1911), tanto que, arrojado por sus compañeros de partido, organiza una batalla campal en la ciudad de Forlì donde arrancan los adoquines del suelo para hacer barricadas... y sin embargo sus razones no coinciden exactamente con las argumentadas por el PSI. Denuncia la humillación nacional, pero no la guerra imperialista. Y comienza a atisbar la idea que va a definir el futuro de su actividad política: la guerra es el único elemento aglutinador que puede lograr unir a los italianos en una empresa común.

MUSSOLINI EL SOCIALISTA

La guerra es el punto de divergencia que acelerará el proceso de ruptura de Mussolini con el Partido Socialista Italiano de forma drástica y definitiva. Veamos el proceso: tanto en su disconformidad a la guerra libia como en cualquier otra toma de posición, del tipo que sea, Mussolini destaca como un hombre muy vehemente. Imprime una fuerte dosis de pasión en todo lo que lleva a cabo, a veces rozando lo histriónico, y eso gusta mucho dentro del partido. Los dirigentes creen haber descubierto en él a un auténtico diamante en bruto, un hombre carismático, directo, brutal incluso, pero sobre todo cercano; un militante entregado, capaz de conectar con el pueblo de una manera efectiva y natural. Debido a su experiencia periodística, en diciembre de 1912, es reclamado por el diario socialista *Avanti*, de Milán, para encargarse de su dirección; un hecho que supuso un importante salto de calidad, ya que se trata del rotativo más influyente del socialismo italiano, enclavado en una de las zonas más poderosamente obreras de toda Italia, bastión socialista casi por definición y, probablemente, la región más importante del partido a nivel nacional. Aupado sobre semejante tribuna, Mussolini tiene ahora la gran oportunidad de airear masivamente sus siempre exaltados puntos de vista, y vaya que si la aprovecha. La influencia del joven socialista gana puntos, tanto en las bases como en la dirección



Mussolini nunca fue un político al uso. Sus formas y hábitos campechanos hicieron de él un líder que supo atraerse las simpatías de un importante sector del pueblo italiano.

del partido, a la que ha accedido en julio de aquel año como miembro del Comité Ejecutivo, de manera que se convierte en el líder *de facto* de la corriente más radical del Partido Socialista. La tribuna del rotativo socialista más importante de Italia se pone, pues, al servicio de un socialismo revolucionario auspiciado por Mussolini que penetra en las poderosas capas obreras de la Lombardía tintando de rojo pasión sus metas y reivindicaciones. De hecho, habitualmente se ha considerado que a partir de 1912 el sector mussoliniano se impuso sobre el reformista, un hecho que el mismo Lenin constató en sus apreciaciones sobre el progreso de la revolución mundial y que saludó con entusiasmo. No en vano Lenin estaba convencido de que la revolución solamente llegaría a buen término

si la llevaba a cabo un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, una teoría ciertamente elitista que Mussolini compartía y que Lenin impuso, no sin problemas, dentro del bolchevismo. En este sentido, ninguno de los dos confiaba en las masas, a las que consideraban muy maleables y tan fáciles de dirigir hacia la revolución como hacia la reacción. Además, Mussolini, como Lenin, manifestaba un ardiente deseo de confrontación violenta contra el sistema burgués, en clara contraposición a un socialismo reformista que despreciaba; algo que Lenin no podía sino aplaudir ya que era, precisamente, lo que estaba haciendo dentro de su partido, aislando a la facción menchevique para marcar con sus agresivas teorías de lucha al otro sector.

A partir de 1914 comienza la Primera Guerra Mundial e Italia se mantiene neutral, algo que el Partido Socialista aplaude, pero que Mussolini y un sector afín a las corrientes del sindicalismo revolucionario no pueden más que acatar con un mohín de disgusto. A pesar de estas divergencias con la cabeza del partido, *Avanti* acató la línea política, comenzando así una campaña de denuncia de la guerra imperialista, tal y como se había acordado en las reuniones de la Segunda Internacional, donde los partidos obreros de todo el mundo adoptaron la consigna de que *aquí no hay franceses ni alemanes, sino obreros explotados. No vayáis a la guerra. Paz entre pueblos y guerra entre clases*. Al contrario de lo previsto, tan solo las secciones rusa

e italiana cumplieron el acuerdo, de manera que, una vez iniciada la guerra, los partidos socialistas de las potencias contendientes se avinieron a apoyar el esfuerzo militar de sus respectivos países; un hecho que, desde las posiciones más izquierdistas del socialismo internacional, fue tachado de traición y que, años más tarde, incitó a Lenin a organizar la Tercera Internacional. Para repugnancia de Mussolini, su posición al frente de uno de los medios de masas más influyentes del socialismo italiano le obligaba a defender una postura con la que no estaba de acuerdo, a pesar de lo cual, no dejaba de mirar de reojo las manifestaciones intervencionistas que determinados grupos de la derecha y el nacionalismo italiano reclamaban, casi a diario, en las calles y en sus medios de comunicación. Pero el director de *Avanti* no se distinguía precisamente por su mansedumbre, por lo que no tardan en aparecer editoriales que rompen con la unidad del partido, criticando la inhibición ante la guerra. Se abrió, de este modo, un agrio debate entre Mussolini y la dirección que desembocó en un enfrentamiento abierto que el PSI no podía admitir durante mucho tiempo, por la imagen de división interna que entrañaba el hecho de que el director de *Avanti* se exhibiera públicamente al lado de los intervencionistas en las manifestaciones callejeras. Ahora Mussolini dirige su artillería contra el partido. La situación se vuelve tan enojosa que en octubre de 1914 Mussolini dimite de su cargo, ante lo cual el PSI decide anular su militancia. *El Partido Socialista te expulsa, Italia te acoge, tele-*

grafió Guiseppe Prezzolini al animoso apóstata socialista. Alentado por la solidaridad mostrada por un buen número de intelectuales italianos y el apoyo casi incondicional de los partidarios de la guerra, Mussolini fundó un nuevo periódico, *Il Poppolo d'Italia*, del cual también ejerció como director y que se convertirá en el máximo órgano de expresión de los intervencionistas de izquierda. De la mano de líderes nacionalistas como el poeta Gabriele d'Annunzio, Mussolini se entregó a una orgía de manifestaciones, discursos y mítines para obligar al ejecutivo a tomar parte en la conflagración mundial bajo el manto de la entente hasta que, finalmente, presionado por la ruidosa campaña, el gobierno italiano firmó un pacto secreto en Londres por el que se comprometía a declarar la guerra a las potencias centrales a cambio de una serie de compensaciones territoriales que incluirían las zonas irredentas del norte, algunos puntos en Asia Menor y África, y el reconocimiento de la esfera de influencia italiana en Albania. Corría el año 1915 e Italia, con gran regocijo de los nacionalistas, se disponía a intervenir en una guerra para la que no estaba ni militar ni emocionalmente preparada.

PRÓXIMA ESTACIÓN: FASCISMO

Mussolini fue movilizado para la guerra mundial, llamada a la que acudió sin rechistar y mostrándose como un soldado disciplinado. Ya desde entonces había tomado contacto con el sin-

dicalismo revolucionario, un movimiento izquierdista radical que soñaba con instaurar la dictadura del proletariado, basándose en la organización sindical de la sociedad. En 1907 habían roto con el Partido Socialista por considerarlo templado, y cinco años más tarde asomaron de nuevo la cabeza para organizar la Unión Sindical Italiana (USI), una especie de coordinadora destinada a difundir el sindicalismo revolucionario en las masas y convertirse, sobre el papel, en el germen de un futuro gobierno proletario que eliminaría los partidos políticos, incluido el socialista. En la práctica, la USI no llegó a obtener una influencia verdaderamente destacada en la sociedad italiana, de manera que no resultaría procedente hacer mención de ella, de no ser por la división que se produjo en su seno a raíz de la entrada de Italia en la guerra. La cuestión militar fue debatida internamente y ante el fracaso de las posturas intervencionistas, el sector nacionalista más intransigente abandonó la organización, condenando a la USI a convertirse en una mera curiosidad política. Los escindidos continuaron predicando sin profeta hasta que a la vuelta del servicio de armas, prematura debido a que en el año 1917 fue gravemente herido de mortero en unas prácticas de retaguardia, Mussolini se convierte en su principal propagandista y su líder de facto, e *Il Popolo d'Italia* en su órgano de expresión. La publicación se convirtió así en el portavoz de una heterogénea serie de expulsados y escindidos políticos minoritarios a quienes les unía una común

sensibilidad hacia el nacionalismo exaltado y la revolución social, tales como los propios escindidos de la USI, reunidos ahora en la Unión Italiana del Trabajo (UIL, debido a sus siglas en italiano, Unione Italiana del Lavoro) o los antiguos miembros del Partido Socialista que abandonaron su militancia para seguir a Mussolini, entre otros. Comenzaba a dibujarse una facción política nueva que realizó una serie de ensayos organizativos sin resultado hasta que el 23 de marzo de 1919 parió a los Fascios Italianos de Combate. La peculiar denominación —*fascios*— supone un guiño a las uniones de obreros y campesinos que desde el siglo XIX se habían organizado en agrupaciones homónimas para reivindicar demandas sociales de muy distinta condición. Un nombre, por otra parte, que recuerda, y ese es precisamente su origen, a los líctores romanos.

El programa inaugural de los Fascios Italianos de Combate aúna un rabioso nacionalismo con demandas de corte social, tales como el salario mínimo, la jornada laboral de ocho horas, el voto femenino, la participación de los trabajadores en la gestión de la industria, el retiro a los cincuenta y cinco años, la nacionalización de las fábricas de armas y municiones, confiscación de los bienes de las congregaciones religiosas y abolición de las rentas episcopales. Un programa ciertamente audaz para la época que, sin embargo, fue eclipsado por su sorprendente alegato en favor de la violencia regeneradora y los elocuentes histerismos nacionalistas que el fin de la Pri-

mera Guerra Mundial y sus resultados provocaron en los representantes de esta corriente política. Mussolini quería algo completamente nuevo, un antipartido; y creía haberlo logrado en los Fascios. Anunció que lo que a partir de entonces se ponía en marcha era una organización con aspiración de masas, que debía mostrarse fuerte y directa, que hablaría con los puños y las palabras. Los Fascios no se amilantarían a la hora de plantar cara al oponente, haciendo uso decidido de una violencia política que exteriorizaban en la estética, la escenografía, los lemas y los discursos, y de la que decían sentirse profundamente orgullosos. Querían romper con todo lo establecido; con el parlamentarismo burgués y con el marxismo disgregador; con el pacifismo, con los buenos deseos y con la hipocresía de la buena educación. Glorificaban la guerra como redentora: que el mundo ardiera por los cuatro costados para que después, sobre sus cenizas, surgiera una nueva era en la que la grandeza nacional, la justicia social y la falta de escrúpulos se convirtieran en el único norte. Semejante exposición de intenciones recibió un importante número de adhesiones de las cabezas pensantes más populares de Italia, como el escritor Giovanni Papini, el Premio Nobel Luigi Pirandello, el polifacético intelectual Curzio Malaparte, el escritor Giuseppe Prezzolini, el futurista Filippo Marinetti o el esperpéntico poeta y aviador Gabriele d'Annunzio, de quien tendremos oportunidad de hablar con cierto detenimiento en un apartado posterior.

La nueva formación política, aupada por la elocuencia de Mussolini y arropada por el apoyo de un importante número de intelectuales, se lanzó con el afán del principiante a la arena política con una campaña feroz contra el gobierno por haber consentido que Italia saliera de la guerra con menor rédito que el prometido. Si bien Italia engrandeció sus fronteras con la anexión del Trentino y el Alto Adagio, —incorporando de paso una franja de habla germánica al norte, en Bolzano y sus alrededores—, sus aspiraciones turcas, albanesas y africanas no entraron en el paquete, y tampoco Fiume, una ciudad irredenta separada de Italia por el mar adriático y rodeada por territorio de un estado de nuevo cuño: Yugoslavia. Los nacionalistas de todo pelaje, incluidos por supuesto los Fascios de Combate, que de alguna forma se tenían que estrenar, pusieron el grito en el cielo por aquello que denominaron *victoria mutilada* y que no dudaron en calificar como una burla hacia Italia por parte de las demás potencias vencedoras. Al mismo tiempo el Partido Socialista, recientemente adherido a la Tercera Internacional (1919) y con la consigna de forzar una revolución en Italia, aumentó formidablemente su presencia debido al desbordamiento del descontento popular campesino y obrero, principal damnificado de las fatales consecuencias que el esfuerzo de la guerra había provocado y que ahora había que pagar. Las clases dirigentes se quedaban horrorizadas cada vez que arreciaba

una de tantas oleadas huelguísticas que ya se iban haciendo cotidianas y que arrastraban a la nación a una conflictividad general que no podían permitir. Ante semejante situación, la burguesía no tuvo más remedio que echarse a los brazos del único movimiento que les aseguraba el enfrentamiento abierto contra el comunismo y que podía encargarse de lo que la policía, legalmente, no podía hacer. Frente a la *amenaza roja* no cabían medias tintas, de manera que las autoridades miraban a otro lado para hacer como que no se apercebían de los excesos de los fascistas cuando estos empezaron a amenazar, asaltar o incluso asesinar a militantes socialistas. De este modo, Italia se convirtió en un auténtico campo de batalla que degeneró en dos consecuencias trascendentales: en primer lugar, la burguesía liberal se asustó de tal manera que comenzó a apoyar económicamente al Fascio, lo que repercutió en un importante crecimiento del movimiento, tanto a nivel de militancia y presencia en las calles como de medios y facilidades que se pusieron a su alcance. En segundo lugar, a medida que el fascismo se expandía por la península, fue nutriéndose de militantes que, si bien coincidían con la extracción social media-baja que buscaba, se encontraban muy lejos de las posiciones izquierdistas del primer fascismo. La guerra contra el socialismo atrajo a las filas de Mussolini a un gran número de derechistas que compartían el nacionalismo y el antimarxismo, pero nada más. Seducidos por el elogio



Vladimir Illich Ulianov (Lenin) líder de los bolcheviques rusos y máximo mandatario soviético hasta su muerte en 1924, saludó con entusiasmo el triunfo de la tendencia acaudillada por Mussolini dentro del Partido Socialista de Italia sobre el sector reformista.

de la violencia de que hacían gala los fascistas y la impunidad con la que actuaban, su base social se transformó en el antónimo de todo lo que sonara a izquierda. Esto provocó una moderación en el discurso de sus líderes en el sentido de un cierto distanciamiento del radicalismo de izquierdas original, y desembocó en la deserción de buen número de fascistas de primera hora, que se sentían traicionados por la cúpula. Marinetti fue una de las más destacadas defecciones. De esta manera, según iba creciendo el número de afiliados y escuadristas, más giraba hacia la derecha el discurso de Mussolini y mayor rédito electoral obtenía, siendo las elecciones de 1919 un completo batacazo y las de 1921 un éxito sin precedentes que llevaría a una treintena de diputados fascistas a ocupar sendos escaños en el parlamento. Para entonces, Mussolini ya había reorganizado el movimiento en un partido coherente, con estructuras fijas y secciones sindicales (Unión Obrera del Trabajo, ya existente antes del propio partido), estudiantiles, femeninas y de escuadristas. Los escuadristas del Partido Nacional Fascista (PNF) eran grupos locales dirigidos por un *ras* o cabeza dirigente que se encargaban de cometer las vilezas por las que tan famoso se haría el Partido, unos hechos execrables que Mussolini alentaba en sus renovados discursos girados a la derecha que quiso justificar amparado en un supuesto voluntarismo y en la idea de la doctrina en constante evolución. De esta manera, podían actuar como si fueran de

izquierdas o de derechas, no importaba, porque su objetivo era la nación, habían creado un partido patriótico por encima de todo, y había que eliminar a quienes se mostraran tibios o internacionalistas.

DON QUIJOTE DESEMBARCA EN FIUME

El Partido Nacional Fascista se basó en los ritos, ceremoniales y simbología que Gabriele d'Annunzio instaló en el Estado Libre de Fiume durante los dieciséis meses que duró su atípica experiencia gubernamental. Es un hecho comúnmente aceptado que fue precursora de lo que poco después iba a ser la dictadura de Mussolini, no solamente en cuanto a estética, sino también en lo que se refiere a ideario y actitudes.

Fiume es la denominación italiana de una ciudad situada en la costa dálmata hoy conocida como Rijeka. Si bien, actualmente, la población de origen croata es netamente mayoritaria —casi podríamos decir que única—, históricamente había estado poblada por una mayoría italiana cuyo origen se remonta a la medievalidad mercantil de las ciudades estado. Durante los años de entreguerras, Fiume se convirtió en la manzana de la discordia que agrió las relaciones entre Italia, Yugoslavia y las potencias de la entente. Como sabemos, el nacionalismo italiano se sintió afrentado con los acuerdos de Versalles, que sancionaban un *status quo* que reducía a Italia a una poten-

cia de segunda fila, a pesar de haber sido uno de los vencedores. El no reconocimiento de la esfera de influencia mediterránea que los italianos creían legítimamente suya, arrastró a los sectores más rabiosamente nacionalistas a una campaña de descrédito del gobierno a base de protestas y algarradas callejeras que en seguida olvidaron las reivindicaciones albanesas o africanas para centrarse en la ciudad de Fiume. Consideraban una afrenta la desocupación de Albania, pero lo de Fiume era completamente inaceptable, ya que se trataba de un territorio poblado por italianos, y por tanto italiano, que corría el riesgo de pasar a manos yugoslavas mientras las potencias vencedoras decidían qué hacer con la pequeña ciudad. La impotencia del gobierno italiano y aquella terrible lentitud de los aliados en dar una salida al asunto, difundieron por toda la península la sospecha de que Fiume terminaría siendo cedida al recién creado reino de Yugoslavia. Hasta que no existiera una resolución que diera fin a la disputa, el pequeño enclave costero seguiría inmerso en una especie de limbo jurisdiccional y ocupado por las tropas de la entente, una carga que los ciudadanos soportaban con sus buenas dosis de estoicismo. La espera se hizo terrible, llegando a exasperar los ánimos de fiumianos e italianos. Espontáneamente surgieron los clásicos conatos de violencia que presagian problemas. Del mismo modo, un importante número de mandos pertenecientes a las tropas de ocupación italianas —también las había francesas, británicas y americanas— planearon varias inten-

tonas golpistas con el ánimo de forzar la incorporación de Fiume a Italia. Según pasaban los meses, la situación se enconó hasta hacerse comprometida, amenazando con convertirse en un conflicto que, por sus ramificaciones yugoslavas, podría generar una conflagración de relieve en el mediterráneo central. Pero hete aquí el enviado de las musas para resolver el problema a favor de los intereses de Italia. ¿Era un abogado, un juez, un político de alto rango, algún militar? No, no, no. Nada de eso. Era un poeta. Era Gabriele d'Annunzio. El hombre que durante la Primera Guerra Mundial tuvo el valor o la inconsciencia de volar hasta la capital enemiga para arrasarla con panfletos y no con bombas, el hombre que rechazó una carta dirigida al mejor poeta de Italia porque él era el mejor del mundo, el que declaró a la música como el principio inspirador del estado, el que permitiría que uno de sus lugartenientes fiumianos lanzara un orinal al edificio del Parlamento montado en un avión. Aquel era quien se perfilaba como el redentor de Fiume y, por extensión, de Italia entera.

Además de por su talento literario, Gabriele d'Annunzio se había destacado por sus efectistas arengas nacionalistas de modulación épica y estética lírica que enardecían y por qué no, también debían de divertir mucho a su auditorio. Tras la *Victoria Mutilada* protagonizó una gran campaña a favor de la incorporación de Fiume patrocinado por los sectores nacionalistas de todas las tendencias, desde la derecha irredentista

hasta el sindicalismo revolucionario. D'Annunzio garantizaba al nacionalismo prestigio y público, por lo que le fue muy fácil obtener el apoyo necesario para realizar una gira italiana en la que, por cierto, apoyó sin atisbo de sonrojo a las fracasadas intenciones militares para tomar el poder en la municipalidad fiumiana. De hecho, siempre estuvo muy en contacto con los irredentistas del enclave, incluyendo las tropas italianas de ocupación.

¡Fiume o muerte! Fue el grito de guerra que estalló en las gargantas de un nutrido grupo de militares y tropas de *arditi* que se levantaron en Ronchi a las órdenes de un alucinante poeta medido a conquistador. Aclamados por una multitud enfervorizada, las tropas d'annunzistas tomaron rumbo al enclave en disputa con la intención de tomarlo, costara lo que costara. A medida que avanzaban iban engrosando sus filas con voluntarios dispuestos a acompañarlos en su aventura, de manera que el ejército del poeta-militar fue en aumento hasta la llegada al puerto, donde embarcaron. La expedición fue digna de un esperpento o de una epopeya marcial: cientos de hombres en formación cantando marchas populares y un hombre, quizá loco, fantasioso o genial, pero indudablemente extraordinario, arengando a la población de las aldeas por las que pasaban con aquel estilo ampuloso que le caracterizaba. El 12 de septiembre de 1919 desembarcaron en Fiume, lo que degeneró en un grave problema internacional y puso en aprietos al gobierno transalpino, que se



El literato Gabriele D'Annunzio apoyó vivamente un movimiento político rejuvenecedor basado en el nacionalismo extremo que aplicó con cierta fortuna durante su gobierno en la disputada ciudad de Fiume, hoy Rijeka (Croacia).

apresuró a condenar la acción. Inmediatamente los italianos de Fiume salieron a las calles para aclamar a su salvador y las potencias de la entente, contra todo pronóstico, evacuaron el enclave. La crisis se resolvió de manera incruenta y los soldados d'annuzistas entraron como triunfadores cantando la *Giovinezza* entre muestras de júbilo por parte de la población local. Al llegar al ayuntamiento, d'Annunzio izó la bandera tricolor y, mediante un discurso que marcará estilo, exigió a la comunidad internacional la incorporación a Italia.

Mussolini y los suyos, además de mucha gente de rango en la intelectualidad italiana, saludaron con efusión la aventura. No hay que olvidar que d'Annunzio era un poeta consagrado de reconocido prestigio y que, por entonces, ya había escrito la mayor parte de su prolífica obra literaria, por la que recibiría varios premios y la inclusión en la Academia de la Lengua Italiana en el año 1937.

Como era de esperar, la especial forma de ser del que fue denominado *el Comandante* instaló, desde el primer momento, una serie de ceremoniales muy particulares basados en la Roma clásica, la Italia renacentista y la modernidad simbólico-futurista, y sazonados con su particular visión del mundo y de la historia. Organizó un complicado calendario ceremonial de alto tono patriótico que destacaba la fuerza, la decisión y la juventud como valores supremos de la nueva era que creía intuir a nivel mundial y cuya primera piedra

habría de ser precisamente Fiume, y los discursos interactivos desde el balcón del ayuntamiento, en los que el auditorio respondía a sus preguntas desde la plaza, se convirtieron en una constante. Saturó la ciudad con festividades repletas de canciones y desfiles con banderas a fin de conseguir la máxima participación posible de la ciudadanía, e introdujo el uniforme negro de los *arditi*, su estandarte con la calavera y el saludo a la romana en el día a día de los sorprendidos fiumianos; distintivos que Mussolini introduciría en su movimiento y en su futuro gobierno en homenaje a la aventura del poeta, en un intento de hacer de toda Italia un gran Fiume.

A pesar de las buenas palabras de gran parte de la intelectualidad y la clase política nacionalista, el Parlamento aprobó el bloqueo económico propuesto por las potencias aliadas. De esta manera, Fiume se convirtió en un municipio cercado que, como es de suponer, sufrió importantes carencias económicas que su atípico gobernante pretendió cubrir con música, poesía y *talento*.

El gobierno del Comandante se sabía provisional, de manera que se dedicó a *educar* y organizar a la población más que a administrarla. Al fin y al cabo el Comandante había conquistado la ciudad para forzar la incorporación a Italia, no para gobernarla, de manera que esperaba los resultados de las conversaciones. La espera se saldó con un principio de acuerdo ratificado por la ciudadanía que no satisfizo a nuestro pequeño

dictador, de manera que abandonó, momentáneamente, el irredentismo para dedicarse a la magna obra de construir desde los cimientos una estructura estatal que transformase a Fiume en una ciudad-estado en la que habrían de ponerse en práctica sus sueños de una nueva humanidad; un estado nuevo del que él fue el completo inspirador y dictador y donde, por debajo del verso y la canción, la disidencia fue severamente reprimida. No hubo compasión para quien pretendiera destruir aquella obra suprema, la creación de un ciudadano culto que sería educado bajo la advocación de las musas, diez, y no nueve: la décima era la musa de la energía, descubierta súbitamente por el rocambolesco gobernante en un viaje que hizo a Grecia. Para ello necesitaba una constitución que la posteridad recuerda como la Carta del Carnaro, un completo despropósito redactado por él mismo con la colaboración de uno de los principales representantes del sindicalismo revolucionario italiano y seguidor ferviente de Benito Mussolini, Alceste de Ambris. Entre los dos redactaron un articulado poco riguroso que arrinconó deliberadamente el gris lenguaje de los leguleyos a favor de una colorida fiesta literaria que incluyó, muchos años antes de mayo del 68, aquello de *la imaginación al poder*. La Carta, repleta de lagunas, errores e incongruencias, parecía una broma que pretendieron justificar advirtiendo expresamente que era una obra inacabada, en constante evolución. Muy al contrario que las aburridas constituciones corrientes, a las

que tachaban de herméticas, estáticas y rígidas, la de Fiume era una obra destinada voluntariamente a no ser nunca terminada. Lo que quiere decir que era una auténtica chapuza y que, es de suponer que para cubrir sus lagunas se tomarían muchas decisiones de manera arbitraria, escondiendo pues, detrás de tan magnífica prosa, una dictadura poética y cruel. La declaración preliminar se olvidaba completamente de los derechos individuales del ciudadano para ensalzar los de la nación, ente supremo al individuo y ante el que, supuestamente, este ha de postrarse. Los argumentos de *doctrina sin terminar y preeminencia de los derechos de la nación sobre los del individuo* son dos características definitorias de lo que será el fascismo.

El articulado se oculta debajo de una redacción ampulosa que debería ser juzgada más como obra literaria que como corpus jurídico. Aún así, pueden entresacarse una serie de características que definen su espíritu como ciertamente nacionalista, irredentista, con una importante dosis de progresismo girado hacia la izquierda y una añoranza por la Italia clásica y renacentista. La sociedad al completo quedó estructurada bajo un sistema corporativista que divide a los ciudadanos en diez gremios, cada uno de ellos inspirado por su musa particular, a quien debían respeto y de quien celebraban sus festividades en sintonía con la tradición de la antigüedad clásica. La décima corporación era la de los hombres superiores (poetas, artistas, etc), que eran quienes

tenían más alto grado en la ciudad y a quienes correspondía el deber de gobernar. Al mismo tiempo, la constitución d'annuziana mostraba un atrayente progresismo en lo que se refiere a la igualdad entre sexos, la educación gratuita, y las pensiones y ayudas sociales en general. Toda decisión gubernamental podía debatirse libremente, y alzarse al Comandante como propuesta; claro que este lo tomaría en cuenta o no según su parecer, de manera que a efectos prácticos, Fiume era una dictadura.

Una de las ocurrencias más llamativas del gobernante-poeta fue la organización de la Liga de Fiume, una especie de ONU de las naciones oprimidas donde tenían cabida tanto las nacionalidades sin estado como las oprimidas por las potencias imperialistas. Para ello llamó a su lado a León Kochnitzky, un poeta belga a quien le encargó que se pusiera en contacto con todos estos pueblos para emplazarlos a acudir a la conferencia de Fiume en abril de 1920. La convocatoria, lanzada desde Irlanda a India pasando por los Balcanes tuvo algunas respuestas afirmativas que finalmente no pudieron llevarse a efecto debido a que la penuria económica provocada por el bloqueo hizo imposible la realización del proyecto.

Sin embargo, la silenciada oposición, la escasez y el deseo de las grandes potencias de eliminar aquella anomalía política condenaron al régimen de los poetas. En noviembre de 1920 se firmó el Tratado de Rapallo entre Italia y Yugos-

lavia, por el que se reconocía a Fiume como ciudad libre adscrita a Italia. El nacionalismo italiano, los habitantes del enclave y los propios d'annuzistas se dieron por satisfechos, dando por saldado el conflicto, a excepción de su dictador, a quien parece que ya no le hacía tanta gracia dejar el poder. D'Annunzio rechazó airado el acuerdo sin advertir que el suelo no estaba tan firme bajo sus pies. El ejército italiano que rodeaba la ciudad envió un comunicado al gobernante-poeta exigiendo una rendición pacífica, en cumplimiento del acuerdo ítalo-yugoslavo de Rapallo, a lo que este replicó con una declaración de guerra. No tuvieron más remedio que entrar a la fuerza, y tras un breve cruce de disparos, la ciudad capituló.

La primera experiencia fascista o prefascista del mundo había llegado a su fin de una manera tan insólita como se inició.

LA ECUACIÓN FASCISTA

Socialismo mas nacionalismo, igual a fascismo. Esta es la ecuación a la que llegaron los sindicalistas revolucionarios como su particular punto de no retorno. Es la clave, el punto de partida. A partir de su formulación dejaron de ser socialistas para convertirse en otra cosa, en algo que derivará en lo que tradicionalmente hemos considerado fascismo. Semejante definición, claro está, tendrá un ejército de indignados detractores: hoy en día a

uno se le ocurren muchos ejemplos de movimientos que fusionan socialismo y nacionalismo y no por ello son fascistas. Sin embargo la Historia es obstinada, y no es casual que el nacionalsocialismo o el nacionalsindicalismo se llamen precisamente así.

No es posible definir al fascismo como un movimiento socialista. No lo es. Aunque llegado el caso podría serlo, y de hecho existen y han existido movimientos fascistas con un claro componente social e incluso comunista. La diferencia estriba en que, al contrario que el marxismo, realizan una lectura nacionalista de manera que sustituyen la lucha de clases —elemento de disgregación nacional— por la nación como aglutinante de la sociedad. En este sentido, resulta muy importante saber diferenciar los planteamientos puramente fascistas de los argüidos por la derecha autoritaria radical, antisistema los primeros y conservadores los segundos.

El término fascismo es uno de los más manidos y gastados de toda la terminología política popular. Hemos llegado a unos niveles de uso de la palabra que ya no sabemos realmente qué es y qué no es fascismo. Aún así, podría decirse que popularmente el fascismo es entendido como todo movimiento político derechista tendente a organizar una dictadura represiva. Bien, pues no es correcto. Esta sería una estupenda definición para las vetustas tendencias de la derecha radical autoritaria, pero no para el fascismo, que surge

como novedad completa en la Europa de entreguerras y supone una ruptura con todo lo anterior. El fascismo es una corriente revolucionaria totalitaria que tiende a subvertir el orden establecido en aras a una organización jerárquica de la sociedad; es un antihumanismo, de manera que aborrece las ideas de igualdad entre los hombres y derechos del individuo por la colectividad nacional. Por tanto, una dictadura militar conservadora, con todo su maremágnum de tradicionalismo y clericalismo no podrá ser nunca un fascismo. Uno es un modelo antiguo y el otro es una revolución antihumanista.

Atendiendo a esta circunstancia, no debería sorprendernos demasiado comprobar que la gran corriente que derivó en lo que ha sido denominado como fascismo genérico surgió de las entrañas de uno de los sectores de la izquierda europea más radicalmente partidarios de la revolución social y la dictadura del proletariado. Una corriente que ya se estaba gestando cuando nació Mussolini y que fue magníficamente perfilada por Georges Sorel cuando exigió la construcción de un socialismo capaz de derrocar al capitalismo de la noche a la mañana, un socialismo violento y nacional, sin remilgos, para lo cual habría de renunciar al mito¹ de la lucha de clases y optar por el mito nacional, el que llega a los corazones, el que reclama deberes para con la patria o el pueblo, el que está exento de excusas o

¹ Sorel popularizó la expresión mito para definir al elemento capaz de unir a las masas en pos de un objetivo común.

explicaciones. La nación como mito revolucionario capaz de movilizar a las masas al tiempo que elemento de unión social y por ello antidisgregador, al contrario que la lucha de clases, que la divide en clases antagónicas y enfrentadas. El fascismo se caracteriza así por haber sido el movimiento resultante del experimento político que llevó a la fusión entre revolución y nacionalismo, cuyo resultado fue la sustitución de la lucha de clases por la nación — o nacionalismo— como elemento de movilización revolucionaria de las masas. En palabras de Mussolini: “Hemos creado nuestro mito. El mito es una fe, es pasión. No es necesario que vaya a ser una realidad. Es una realidad por el hecho de que es un estímulo, una esperanza, una fe; de que es coraje. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación!”².

La novedad, la idea crucial que surge por primera vez, convertida en idea general y de masas con influencia revolucionaria social verdadera es, por tanto, la idea de que el nacionalismo es, con su carga de mitos e irracionalidad, el auténtico integrador de la sociedad en un todo poderoso. Y además, el único método real de unir a la clase trabajadora contra el capital. Payne recuerda, al hilo de todo esto, que “el fascismo se creó mediante la nacionalización de determinados sectores de la izquierda revolucionaria, y quienes desempeñan el papel central en su orientación fueron sindicalistas revolucionarios que abrazaron el nacionalismo extremista”³.

EL PARIENTE ALEMÁN

La ecuación fascista fue un fenómeno europeo que se dio en un lugar y un tiempo determinados. Como sabemos, la resultante de la suma entre nacionalismo y socialismo no es necesariamente el fascismo, pero en aquellas circunstancias así ocurrió. Italia fue el primer país del mundo que desarrolló una estructura política *socialnacionalista* con capacidad de influencia en las masas, pero eso no quiere decir que en el resto del continente europeo no existieran organizaciones del mismo corte, aún grupusculares, que tomaron un gran impulso a la sombra de la progresión fascista. Debido a la influencia de autores

² Macridis, Roy y Hulliung, Markl. *Las ideologías políticas contemporáneas. Regímenes y movimientos*. Madrid: Alianza. Madrid, 1996, p. 184.

³ Payne, Stanley G. *El fascismo*. Barcelona: Altaya, 1996, p.50. Payne se refiere en esta definición al fascismo italiano, no a la corriente política genérica. De hecho, diez páginas más tarde afirmará que “(el nacionalsocialismo) no entrañaba ningún tipo de herejía marxista” (p. 60). Dato cierto en el sentido de que el nacionalsocialismo surge de medios mucho más conservadores que el fascismo italiano, aunque también se ve ampliamente influenciado por las reivindicaciones planteadas por la izquierda clásica. De hecho, muchas páginas más adelante, escribirá que “algunos de los nazis más radicales rechazaban al régimen de Mussolini por otros motivos, especialmente por ser demasiado conservador o supuestamente capitalista, aversiones que compartían en diversos grados y medidas Gregor Strasser, Goebbels y Himmler” (p. 196). Esta será una crítica al régimen mussoliniano que se repetirá con frecuencia entre los nacionalsindicalistas españoles, franceses y de otros países.

franceses como Sorel y Maurras, se ha considerado que fue Francia el laboratorio donde se originó la transformación del sindicalismo revolucionario. Sin embargo, Francia no va a experimentar nada parecido hasta bien entrados los años veinte del siglo, después de la Marcha sobre Roma. El único movimiento similar destacable en la línea de la fusión fascista es Le Faisceau, una agrupación terriblemente minoritaria fundada por un excéntrico caballero, Georges Valois, que hasta entonces había sido el alma de otra minúscula facción política que pretendió aunar el nacionalismo con el anarquismo. La gran mayoría de los grupos nacionalistas de aquella Europa responden mejor al esquema de derecha radical que al propio de fascismo y no tienen interés de cara al tema que nos ocupa. No obstante, resulta inexcusable no mencionar en este punto al nacionalsocialismo alemán, el segundo movimiento fascista que llegó al poder y en definitiva el más popularmente conocido debido a las dimensiones de su devastación.

Al igual que en el resto de Europa, en la Alemania de los años diez y veinte floreció una variopinta sucesión de grupos *socialnacionalistas* muy minoritarios que, excepto el DAP, no pasaron de un nivel embrionario de desarrollo. Uno de ellos fue el Alt Sozialdemokratische Partei (ASP), un partido sajón que nació como consecuencia de una escisión del Partido Socialdemócrata (SPD). El ASP consideraba prioritario que la revolución proletaria tuviera un marcado

tinte nacionalista, un argumento que limó diferencias con los grupos de la derecha, quienes aceptaron de buen grado la *patriotización* de la izquierda radical. El ASP se unió así al nacionalismo conservador en su nerviosa denuncia del Tratado de Versalles, la reivindicación de una política exterior fuerte y una radical censura a los devaneos internacionalistas del Partido Socialdemócrata alemán, uno de los más influyentes del mundo. La aventura política del ASP no tuvo éxito y su descalabro electoral supuso el fin de aquella experiencia protofascista. Igualmente, la sección hamburguesa del KAPD, una escisión del Partido Comunista (KPD) originada por elementos expulsados en 1919 por disidencias con respecto a la línea oficial, preconizaba la lucha proletaria combinada a una visión nacionalista de las relaciones internacionales. Pero el partido que iba a triunfar, a convertirse en el embrión del nacionalsocialismo no era ninguno de estos, sino una pequeña agrupación fundada en Munich en 1919, el Partido Obrero Alemán (DAP). Además de un obrerismo de tono parecido, el DAP presentaba un nacionalismo más acorde con la tradición biologista conservadora alemana. Al contrario que el italiano, que se fundamenta en lengua y cultura, el nacionalismo conservador alemán hunde sus raíces en la sangre; es biologista. El latino proviene de una tradición liberal, es culturalista. Existen por tanto, entre ambas corrientes del fascismo, diferencias sustanciales derivadas de sus respectivas tradiciones nacionalistas. El

nacionalismo conservador alemán del que se va a nutrir su particular experimento fascista idealiza la Germania superior ocupada solamente por los miembros del Volk (pueblo). Sin embargo, para esta versión del nacionalismo, el pueblo no se compone de personas que poseen la ciudadanía alemana, ni de los que hablan alemán, ni de los que han nacido y han vivido toda la vida en Frankfurt. Son los racialmente puros, los arios, quienes pertenecen a la comunidad nacional. Hayan nacido donde fuera y hablen la lengua que sea. Nadie más. La nación es más una raza que una nación en puridad. Esta es una de las razones que convertían al minoritario biologismo germano en un peligro potencial en caso de que lograra algún día, como así ocurrió, tomar cuerpo en una organización de masas viable.

Desde muy antiguo se había desarrollado en Alemania y Austria un indeterminado número de sociedades semisecretas de marcada tendencia ocultista que conservaron y predicaron estas ideas, reverdeciendo supuestos ritos arios cuajados de antijudaísmo y pangermanismo. Uno de estos grupos fue la Sociedad de Thule, una oscura organización cuyas doctrinas tuvieron una importante influencia en el ideario del DAP que combinaba el biologismo con reivindicaciones socializantes como la nacionalización de las grandes empresas, diferentes mejoras para los trabajadores y un rechazo frontal al gran capital. Según estos individuos, era en el pueblo llano donde había que buscar a la raza aria pura, no en las grandes fortu-

nas empresariales, infectadas por una práctica judía innoble que rechazaban completamente.

El partido funcionó casi como una especie de pequeña agrupación de debates hasta que un desconocido de origen austriaco mostró interés en militar en él, después de haber acudido a una de sus reuniones. A partir de entonces, Adolf Hitler se convirtió en un habitual y pronto en su orador máspreciado (los apasionados discursos de Hitler llegaron a hacerse tan famosos que el partido decidió cobrar entrada). Aquel inesperado altavoz logró sacar al partido de su insignificancia, llegar a la clase obrera y ganarse las simpatías de los veteranos de la Primera Guerra Mundial. Hitler proclamaba a los cuatro vientos el orgullo de ser alemán, aireaba un racismo brutal principalmente canalizado en forma de antijudaísmo y proclamación de la desigualdad biológica de las razas humanas, y se desgañitaba la voz, gesticulante y con los ojos casi fuera de las cuencas, cuando recordaba la humillación nacional del Tratado de Versalles. Todo ello combinado con una serie de reivindicaciones sociales de cierto calado, tales como la nacionalización de las grandes empresas, la supresión del trabajo infantil, educación universal y gratuita, un amplio régimen de pensiones... Aquel, sin embargo, iba a ser un socialismo solo para los nacionales, incluyendo aquí a los miembros de la raza, no a los nacionales *extraños*, como serían los judíos.

La repulsa al Tratado de Versalles fue una causa común de todos los grupos nacionalistas de Alemania, que veían con simpatía a la pequeña

agrupación múniquesa y se hallaban dispuestas a apoyarla económicamente a cambio de una garantía contra el marxismo similar a la que estaba dando el fascismo italiano. Esto obligó a Hitler, que ya era uno de los más conocidos miembros del DAP, a bajar el tono de sus reivindicaciones obreristas y comenzar a plantearse la formación de un brazo paramilitar, una opción que no pareció descabellada en aquella Alemania violenta en la que tanto la recién nacida Unión Soviética como el propio capitalismo alemán creían que iba a desarrollarse en breve el segundo capítulo de la revolución mundial.

La situación de Alemania no era precisamente envidiable. El Tratado de Versalles impuso unas condiciones draconianas. Además de la inflación y las terribles deudas de guerra, a Alemania se le consideró nación culpable, y tuvo que soportar la ocupación territorial del Sarre y su usufructo por las naciones aliadas. También se vio obligada a restituir Alsacia y Lorena a Francia y gran parte de Prusia fue anexionada a Polonia, perdiendo cerca de un tercio de territorio y población. El ejército alemán quedó reducido a cien mil hombres.

Las condiciones de la paz, unidas a unas circunstancias de crisis general, desembocaron en una inestabilidad creciente que generó una serie de levantamientos obreros que derrocaron al gobierno liberal abriendo paso a la socialdemocracia. Las insurrecciones de Baviera (régimen de los consejos obreros, 1918-19) y de los espartaquistas



Las teorías de la Sociedad de Thule influyeron decisivamente en el desarrollo de un partido de nacionalismo extremo con un componente irrenunciablemente racista como fue el NSDAP.

en Berlín (1919) desestabilizaron al ejecutivo, que sofocó como pudo los conatos revolucionarios y capeó, también lo mejor que pudo, las deudas de ciencia-ficción que los aliados y en especial Francia habían calculado que Alemania debía de pagar. Semejante situación no hacía más que reforzar la polarización política alemana entre la izquierda y la derecha; una situación que Hitler aprovechó para mostrarse ante los conservadores como el campeón de la lucha antimarxista.

En 1920 Hitler ya era la cara más conocida del partido. Ostentaba el cargo de jefe de propaganda y era el principal portavoz del DAP. Aquel mismo año sus deseos de cambiar de nombre al partido toman cuerpo con la nueva denominación, instigada por el propio Hitler: Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NSDAP). A *Obrero y Alemán* incluye Hitler los términos de *Nacional* y *Socialista*, en concordancia con la cosmovisión fascista que tiene el partido. En 1921 se convierte en el jefe indiscutible. Adopta la esvástica, un símbolo solar sospechosamente coincidente con el logotipo de la sociedad de Thule, y se crean las *Sturmabteilung* o *Grupos de Asalto* (SA). Al igual que los escuadristas de Mussolini, con sus Camisas Negras de imitación *arditi*, crean su propia milicia de partido. Un partido con brazo armado encargado de violentar y armar bronca al más puro estilo italiano, aunque en el caso alemán serán más eficaces y disciplinados.